





EL LABERINTO
DE LA LIBÉLULA



L. Jorge Pruneda

EL LABERINTO
DE LA LIBÉLULA

EDICIONES  CAUDAL

Primera edición: noviembre de 2017
Segunda edición: junio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© L. Jorge Pruneda

ISBN: 978-84-947294-4-7
ISBN digital: 978-84-947294-5-4
Depósito legal: M-30096-2017

Ediciones Caudal
C/ Marcenado 14
28002 Madrid
info@ediciones-caudal.com
www.ediciones-caudal.com

Impreso en España

*Dedicado a dos personas
que siempre han sido una fuente de valores
y respeto para sus hijos:
Esther y Angel.
Mis padres.*



El perdón es la fragancia que derrama la violeta
en el talón del que la ha aplastado.

MARK TWAIN

Podrás perder mil batallas,
pero solamente al perder la risa
habrás conocido la auténtica derrota.
HO CHÍ MINH

Nuestro mejor maestro
es nuestro último error

RAMÓN JORDANA



Nota a la segunda edición

Esta obra que el amable lector sostiene entre sus manos tuvo su primer contacto con el público en una edición previa aparecida en el mercado bajo el sello editorial Adarve, de este mismo grupo editorial. La impresión de esta segunda edición queda, pues, justificada tras la buena acogida inicial de esta novela social que ha sorprendido a los más exigentes y que ahora pretende llegar a todos los amantes de la buena literatura.

EL EDITOR



Toda historia tiene una banda sonora escondida entre las palabras, ésta descansa sosegadamente en cada párrafo, en cada diálogo, en cada vivencia y la dota de una callada musicalidad.

Si tú me dices ven — Los Panchos

We are the champions — Queen

Y no regresas — Juanes

Twisted nerve — Kill Bill

Clara — Joan Bautista Humet

Blanco y negro — Malú

Guantanamera — Celia Cruz

Mírame — Orishas

Burbujas de amor — Juan Luis Guerra

Vivir lo nuestro — Marc Anthony y La India

Yesterday — Mantovani

La muerte no es el final — Coro Cantaré

Me dediqué a perderte — Alejandro Fernández

Yo quiero ser — Vicente Fernández

Solamente tú — Pablo Alborán

El sueño de una noche de verano — Félix Mendelssohn-Bartholdy

El sonido del silencio — Simón y Garfunkel

Estoy hecho de pedacitos de ti — Antonio Orozco

Walk of life — Dire Straits

Blaze of glory — Jon Bon Jovi

La promesa — Melendi

Chan-chan — Compay Segundo



Un viaje,
un amor perdido,
una ilusión por vivir,
un zapato que vuela,
un infierno que llega,
la lucha por la supervivencia,
soledad
y luego,
el silencio.



1.

La mirada silenciosa de la rosa

Muchos emplean la mitad de su vida
en hacer miserable la otra mitad.

BENJAMIN FRANKLIN



A veces, tras percibir breves indicios, tu mundo interior se tensa y sin motivo aparente te hace sentir alerta. Son momentos en los que te muestras especialmente receloso, atento a todo lo que ocurre a tu alrededor. En ese instante, el superficial tapiz de vello que envuelve tu piel se eriza en una inequívoca señal de alerta.

San Juan del Valle, hoy

En el interior de la casa se ha instalado un pesado silencio, uno de esos silencios que parece extender su densidad como si fuera una niebla compacta y fría.

Las agujas del reloj de cuco dibujan de forma distraída un perfecto ángulo recto para indicar las seis y cuarto de la tarde. El sonido del tic tac parece marcar un ritmo en suspenso, a la manera de un metrónomo olvidado en cualquier rincón del salón. A su compás, los minutos simulan pasar irremediamente lentos, tal y como lo hacen las hojas de ese libro que se despliega ante tus ojos y no te apetece leer.

Tras la ventana, se puede observar la imagen de la calle, que se muestra húmeda y brillante. En el exterior apenas hay cinco grados de temperatura, que, combinada con una brisa sibilina, hace que el tórrido frío penetre poco a poco en los huesos de los viandantes.

Las gentes recorren las estrechas aceras con los cuellos de sus abrigos levantados, a la vez que muestran un gesto encogido por el frío, que les hace caminar ligeramente encorvados hacia adelante. Desde la panorámica que ofrece la ventana del segundo piso, semejan ser animadas hormigas que vienen y van afanadas en sus quehaceres cotidianos. Unos, levantando la mano a cierta distancia, se saludan sin detenerse; otros recorren los viales ocupados en sus propios mundos, mundos tan pequeños que caben en la pantalla de un teléfono móvil. Todos ellos interesados en lo que puede suceder en cualquier parte del universo. Todos ellos ajenos a lo que acaba de suceder en el segundo piso de un céntrico edificio de su propio pueblo.

Un hombre mira al frente con el gesto cansado y extrae del bolso interior de su chaqueta un paquete de cigarrillos, con parsimonia enciende uno de ellos. Pega una amplia calada mientras observa, perdida entre las nubes, como la luz del día va dejando paso a la recia oscuridad de la noche. Las farolas del

alumbrado público se encienden de pronto, se van calentando poco a poco dispuestas a realizar su tarea diaria. Lo hacen proyectando oscuras sombras que persiguen incansablemente a sus dueños, éstas se arrastran por el suelo de forma sinuosa sin llegar a alcanzarlos. Su luz proyectada, por mucho que lo intenta, no consigue diluir la tristeza de esta noche.

Luces y sombras.

Sombras y luces.

Cruel combinación que refleja la trayectoria errante de una vida que amenaza con irse de este mundo para siempre.

La mañana se despertó plomiza. Gris.

La niebla parecía querer envolver los tejados de las casas con ese manto grisáceo que tan bien conocen los asturianos. Con el paso de las horas la bruma decidió descender en cascada, lo hizo lentamente deslizándose desde lo alto de los acantilados hasta dejarse morir sumergida dulcemente entre las olas del mar.

Más tarde, el sol orgulloso y erguido, esquivando el envite de las nubes lució su resplandeciente esplendor. Él siempre se muestra elegante en sus formas. Él sabe que es el rey de la luz.

A esta hora de la tarde, con resignada, pero sin embargo, acostumbrada indiferencia, los habitantes de San Juan del Valle presagian que la noche traerá una nueva helada, una más de las muchas que ha acarreado hasta el pueblo el ya gastado invierno.

Ruidos de motor se entremezclan con palabras entre murmullos. Palabras que se gritan. Una puerta resuena y se cierra con demasiada violencia. El sonido de la música del televisor se va a través de la puerta de una sidrería.

Y de este lado de la ventana, el silencio.

Sí, en la casa impera un extraño silencio.

No se escucha susurro alguno. No se escucha ni un suspiro. El mutismo es tal, que en realidad lo que presagia es una falsa calma. Sólo se escucha una insoportable mudez. Calma rota solamente por los desgarradores gritos del silencio. Gritos que en sí mismos delatan que algo grave acaba de suceder.

La televisión, al igual que las farolas de la calle, impregnan de luces y sombras las desnudas paredes del salón. Permanece en paz, sumada a aquella dimensión confusa, testigo mudo del instante. Se suma así, discreta y conspiradora, a la idea de no importunar el momento.

Sobre el gélido mutismo de la casa resalta con fuerza la luminosidad blanquecina que emana desde la cocina, enmarcando la puerta con un haz de luz

deslumbrante. De forma más tenue, se percibe otro brillo menos intenso que surge de la habitación del fondo del pasillo.

Resplandor. Destellos de vida.

Oscuridad. Fulgores de muerte.

Vivaces visos inertes sobre la oscuridad del instante.

Indicios mudos que gritan de forma desesperada.

Vestigios intrincados de frío, luz y sigilo.

Una cocina que se muestra extrañamente revuelta y desordenada.

Impera el desorden, donde debería reinar la alegría. Las sillas tapizadas en piel blanca están volcadas sobre el suelo, con las patas metálicas apuntando hacia el techo en figuras carentes de forma. Trozos de pan esparcidos sobre la mesa. Una bolsa de plástico hecha jirones desparrama su contenido sobre las baldosas. Envases de yogures rotos, hojas de lechuga extendidos por todas partes, deshojadas como un ramo de flores natural que hubiera sido arrojado con furia, cabezas de ajo, todo estampado de manera insultante, conformando un macabro bodegón de naturalezas muertas a los pies de la lavadora que, con una luz verde, parpadeante, indica al viento que ya ha acabado su programa de lavado. Aquella luz simula una señal de alarma silenciosa, mucho más allá de su función. Una alarma que nadie oye, ni nadie ve. El color inmaculadamente blanco de la lavadora ha sido profanado por un amenazador rastro de sangre, que gotea hacia el suelo describiendo un ángulo descendente.

Son gotas de color escarlata que reflejan la huella del dolor.

Es sangre que cae de manera lenta, indolente, acusadora.

La mesa de la cocina ha sido empujada de su lugar original, sumándose al desorden existente. El frutero de barro se ha fracturado en más de una docena de pedazos. La fruta que contenía está ahora esparcida sobre el suelo formando un anárquico mosaico de colores. Una naranja, que parece haber querido huir asustada de la dantesca escena, ha rodado buscando un camino a ninguna parte. Pero no ha podido lograrlo. Su andanza finaliza de manera funesta al lado de un cuerpo que se muestra inquietantemente inmóvil. Una inútil nota de color en una escena de negros tintes. Entre toda aquella abundancia de objetos y materiales fuera de lugar, tan sólo puede distinguirse el caos. Y en su centro, Laura.

Laura.

Allí está Laura.

La pequeña Laura.

La alegre Laura. Siempre jovial. Siempre humilde.

Sí, allí está en el suelo.

Amoratada.

Imperceptiblemente temblorosa, como un animal herido.

Entumecida, desencajada y abatida.

Sola.

Laura, extendida sobre el suelo como una muñeca rota y abandonada. Un dolor sordo y agudo se aferra a sus entrañas desdibujando su silueta, que se confunde entre las sombras del mobiliario como si fuese un objeto inanimado más. Tan absurda y tan penosa como la historia que cuenta la escena sin necesidad de palabras.

Su extensa melena negra como el carbón fue alisada en la mañana y compuesta en un recogido sobre la nuca. En este instante cae formando una inexplicable cascada sobre los hombros, enredada y desordenada. Un indisciplinado mechón se ha liberado para convertirse en un trágico parche pirata que tapa su cerrado ojo derecho.

Negro sobre azul.

Sueños rotos de príncipes y princesas.

Una cabeza descansa sobre el frío suelo.

Un beso que no llegará a tiempo para posarse sobre unos labios inertes.

Fiel reproducción en carne y hueso de la Bella Durmiente.

Dolor en un alma que se escapa.

Un cuento de hadas que nunca fue y ya no podrá ser.

Una ráfaga de aire, virulenta y silenciosa, mueve el visillo de la ventana que ha quedado entreabierta. Si alguien observara desde el exterior, a su movimiento podría descubrir en la estancia un cuerpo tendido boca abajo, simulando la muerte de los sentidos.

Y a su alrededor, sangre, sólo sangre.

Sangre que sale calladamente del brazo derecho que forma una imposible parábola. Restos de masa ósea que se mezclan con la manga del vestido formando lazos color escarlata.

Sangre y lágrimas.

Lágrimas y sangre. El combinado preferido por la violencia.

Sangre que hace unos minutos llenaba de vida aquel cuerpo de mujer.

Lágrimas saladas que descansan sobre el suelo.

Sangre que fluye sobre su ceja derecha.

Lágrimas que han dejado de manar.

Sangre que huye cobardemente invitando a la vida a iniciar un triste peregrinar, y con él, abandonar para siempre aquel maltrecho cuerpo.

Lágrimas y sangre. Vida y muerte, dolorosa mezcolanza.

Allí está Laura.

Ella que siempre se mostró dispuesta a ayudar a los demás, ahora está... Sola. Indefensa. Insegura. Fría.

Lleva un vestido azul sembrado de primavera con diminutas flores blancas. La prenda se muestra revuelta y desordenada, mientras perfila su cuerpo dejando al descubierto unas largas piernas revestidas por finos pantis rotos a la altura de la rodilla en desgarrones que recorren el muslo. Sólo su pie izquierdo calza un zapato de fino tacón, el otro zapato se muestra amenazador, desafiante. Está situado al lado de la cabeza, manchado de un espeso líquido color rojo intenso. Salpicado con la humedad de su propia sangre.

Desde un jarrón que se ha salvado del drama, una rosa de pétalos rojos silenciosamente callada la mira con ternura infinita. Es una inverosímil nota de belleza en medio de la tragedia, un fogonazo de vida entre tanta desolación. Quizás ha quedado intacto sólo para ofrecer una imagen de esperanza donde ahora sólo hay destrucción. Laura, ilusionada, ha ido a comprarla en la mañana al salir de la peluquería. La escogió con especial cuidado, de entre los innumerables ramos que decoraban la floristería con su eterno color de amor, buscando la que fuera más hermosa, con los pétalos perfectos y tímidamente entreabiertos. La dependienta de la tienda quiso engalanar la flor con un tapizado de boje color verde y fina paniculata blanca. La joven, con su eterna y delicada sonrisa se opuso a la idea, a la vez que pidió que la envolvieran sin adornos, para que destacara con fuerza simplemente por la sencillez de su belleza. Al llegar a casa la depositó con mimo en el propio jarrón, a la espera del momento adecuado para regalársela a su marido. Era su detalle de mujer enamorada en un día especialmente indicado, un detalle sencillo y sincero. La flor del amor.

Sí, hoy es un día señalado. Un día cuya celebración se remonta a la ya lejana civilización romana, cuando el imperio era dominado por el emperador Claudio II. Un círculo rojo sobre el número catorce del calendario indica que hoy es San Valentín, día de los enamorados. Un día comercial para muchos descreídos. Pero para otros, como Laura, un día especial.

Sólo ella sabe con cuánto anhelo ha deseado esta fecha.

Desde primera hora de la mañana, ha dedicado ilusión, fuerzas y anhelo en arreglarse. Quería estar especialmente bella para cuando su marido llegase a casa del trabajo. Quería que todo estuviera perfecto. Quería ser perfecta para él.

Alex.

Apenas roza la treintena.

Atlético. Cautivador. Amigo de sus amigos. Líder nato. Seductor.

Su Alex, como a ella le gusta decir con cierto tono no exento de orgullo femenino.

Él, su verdugo.

En su vespertino presentimiento ella tenía razón, la jornada se ha convertido en un día señalado. Un día fatalmente señalado.

Por un breve instante se aprecia un parpadeo en la luz de la habitación del fondo. En el lúgubre deambular por el pasillo de la vivienda, se pueden percibir aún más restos de la tragedia, todos esparcidos por el suelo, conformando un reguero de señales. Una figura de porcelana blanca está partida en diminutos añicos hasta convertirse en un puzle sin solución. Demasiadas piezas se han roto, y otras se han perdido para siempre.

Silencio.

No, ya no hay silencio.

Este se rompe de repente esparciendo ondas de sonido por toda la casa. Algo se escucha. Es apenas un imperceptible susurro que emana desde la habitación del fondo. Parece una exclamación callada, tal vez un gemido gutural de animal herido ahogado en su sufrimiento, un sollozo que viene y va en una cadencia sinuosa.

Allí está Alex, sentado en el suelo de la habitación. Abatido. Solo. Con el pelo enrevesadamente revuelto. Una de sus manos no deja de frotar la cabeza, en un movimiento convulsivo que recuerda a los gestos de un autista al que se molesta en su espacio vital. Agarra mechones de pelo para, a continuación, dejarlos escurrir como agua entre sus dedos. Se mueve imperceptiblemente hacia adelante y hacia atrás, como si rezara a sus propios demonios internos. Su mirada color avellana se muestra perdida en un lugar infinito, tal vez inexistente. Esgrime un objeto de tonos malva entre sus dedos. En su temblorosa mano izquierda sostiene el diario que, día a día, Laura ha ido tejiendo a base de sucesivas emociones y penosos naufragios.

Lágrimas peregrinas surcan mansamente su enrojecida mejilla.

«¿Por qué? ¿por qué?», se pregunta una y otra vez. Al no encontrar una respuesta alejada de su cruel responsabilidad, se desespera.

Mira al techo. Allí tampoco encuentra respuestas.

No entiende nada. Tampoco hace nada por entender.

Se ha convertido en un ser errante que navega perdido entre la niebla del barco de sus propios pensamientos.

Una vez más ha perdido el control sobre sus acciones.

Una vez más ha perdido el control sobre sí mismo.

Respira profundamente al darse cuenta de la realidad, y ésta pasa por el hecho de que Laura se encuentra en la cocina tirada en el suelo y él es el único responsable.

Pestaña cerrando por un segundo sus párpados, como un muñeco mecánico. Se siente inconsciente de sus actos, pero plenamente consciente de cómo todo ha comenzado; lo ha llevado a cabo con el mismo desprecio como quien machaca la vida de un repugnante insecto. Lo hizo de manera cruel. Salvaje. No se detuvo hasta dejar a Laura tirada en el suelo hundida en aquel mísero escenario, hasta asegurarse de que ya no se movía. De que no le podría oponer ni la más mínima resistencia ante su rabia desmedida.

Alex respira con ansiedad mal controlada.

El aire se niega a entrar en los pulmones.

Con gesto suave, casi con mimo, deposita el diario en el suelo.

Una vez más se restriega la cabeza, pretendiendo con ello despejar una densa nube que atenaza sus ideas y le impide pensar con claridad.

¿Claridad?

Sí, como un rayo de luz al amanecer asoma un atisbo de lucidez dentro de la confusión de su mente y de sus actos. Claridad para entender aquellas palabras que unidas en versos evoca su mente. Claridad para entender lo que hasta ese momento no supo comprender.

Claridad para sentir que es el verdugo y que con sus actos incontrolables ha hecho realidad ese *Aria de luto* que Buesa, el poeta enamorado, escribió hace ya algún tiempo.

Ahora entiende el poema. Sí, ahora, en medio del caos en el que se ha convertido su vida.

No recuerda haber leído esos versos en el diario de Laura. ¿Realmente estaban allí escritos?

No lo sabe, nunca llegará a saberlo.

Sólo sabe que resuenan una y otra vez en su alma atormentada...

*Tendrá que suceder, hoy o mañana,
en cualquier parte y de cualquier manera,
—puede ser que bajando una escalera
o puede ser que abriendo una ventana.*

*Sucedirá tal día de semana,
sencillamente, sin llover siquiera,
en el banco de un parque en primavera
o en un hotel de una ciudad lejana.*

*Así sucederá, como un espejo
que se queda de pronto sin reflejo,
porque crece la sombra o porque sí.*

*Irá de puerta en puerta un viento loco,
y tú también te morirás un poco
con algo tuyo que se muere en mí...*

Llega un nuevo instante de lucidez a su mente. Abre los ojos y aprieta los labios con determinación. Introduce la mano en el bolsillo y extrae el teléfono móvil para marcar el número 112. Escuchando los tonos espera que descuelguen al otro lado, mientras lo hace, impacientemente ahoga un nuevo suspiro entre sus labios. Se siente aplastado bajo la losa del sórdido momento que él mismo ha provocado.

Un tono.

Dos.

Tres tonos... Su sonido agudo le recuerda lejanamente a una máquina de hospital. La sensación de ahogo crece.

Al cuarto tono, surge una voz de mujer.

—112 Asturias, ¿en qué puedo ayudarle? —la expresión suena neutra aunque amable.

Esa simple pregunta repiquetea en su cabeza proyectada desde una cercana lejanía, rebotando en cada esquina de sus pensamientos. En su mente se condensa una desagradable sensación de sopor, como si de un mal sueño se tratase. Parece que la pregunta escuchada no está dirigida a él.

Responde.

—Por favor... Envíen una ambulancia urgentemente al... al número 6, 2º derecha de la calle Independencia, en... en San Juan del Valle. Mi mujer se encuentra mal —farfulla con voz entrecortada.

—Señor... ¿Qué le ocurre a su esposa?

—...

—Señor, ¿está usted ahí?... Espere un momento, le ponemos en contacto con el SAMU. Un médico atenderá su llamada —indica la operadora.

—¡Nooo...! ¡No quiero hablar con nadie! ¡Envíen esa jodida ambulancia de una puta vez! —su voz taladra el silencio con el tono de un aullido.

—Señor, por favor. Espere.

—...

—¡No cuelgue!

Alex hace caso omiso de la petición.

Su dedo pulgar aprieta con inquina el botón rojo de su teléfono. Este, obediente, da por finalizada la conversación. Él siempre decide cómo y cuándo acabar una conversación. De forma sorprendentemente rápido lanza el aparato contra la pared. El golpe resuena como un trueno, rompiendo la quietud existente.

Cuando el teléfono se estampa contra el armario de cerezo, el hombre percibe cómo en el pecho se forma una paliativa sensación de alivio. Con deleite salvaje deja escapar una sonora carcajada al ver cómo el aparato se convierte en pedazos sobre el suelo. Sus hombros tiemblan ahogando una nueva carcajada, pero a ésta se niega a dejarla salir. Su mirada confundida y turbia se queda nuevamente vagando en el abismo de ese infinito incierto.

Con movimientos pausados recoge del suelo el diario de Laura. Agudiza los sentidos. Quietud en toda la casa. Se pone en pie. De forma parsimoniosa se encamina por el espacioso pasillo hasta el habitáculo reservado a cocina. Caminando entre la oscuridad, el haz de luz blanca de la cocina le sirve de guía a la vez que le deslumbra.

De nuevo la angustia se propaga a borbotones dentro de su pecho en forma de remordimiento. Evita pisar los trozos de teléfono. Uno de ellos cruje ruidosamente bajo sus pies... A ese no ha podido eludirlo. En su camino nuevamente encuentra los trozos de porcelana, que intenta apartar con un movimiento del pie. El ruido que hacen al chocar contra el zócalo es hueco y sordo.

Entornando la mirada observa desde el umbral de la puerta.

Mira a Laura. Su Laura. Su propiedad.

Ésta no se mueve.

Los ojos del hombre nuevamente se vuelven negros. Se llenan de lodo.

Los cierra de nuevo con fuerza.

Al abrirlos, expectante, desea que el cuerpo ya se haya levantado y todo haya sido fruto de un mal sueño. Que ella nuevamente le mire y le sonría. Como si nada hubiera ocurrido.

Pero no es así.

El cuerpo sigue allí inmóvil.

Su respiración se entrecorta. La pesadilla continúa.

Se queda absorto mirando la escena. Piensa...

«¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿medio minuto? ¿media hora?»

Se encoge de hombros.

No lo sabe. No lo sabrá nunca. No sabe tampoco si la respuesta le importa.

Intenta avanzar, pero sus pies están firmemente anclados al suelo.

Presta atención a los ruidos de la calle. El ronco graznido de las gaviotas le permite abstraerse del momento. Mira a través de la ventana de la cocina. La vespertina luna le saluda con tristeza.

Vuelve a intentar avanzar. Imposible. Es incapaz de moverse.

Escucha pasos que resuenan en la escalera del edificio. Su aletargada mente reacciona. Sin recibir orden alguna del cerebro, los pies libremente han decidido volver a avanzar. Inicia un lento recorrido que finaliza junto al cuerpo de Laura. Es un recorrido de apenas un metro, que tarda en recorrer toda una eternidad.

Se agacha situándose al lado de la joven. Le alisa el vestido con gestos muy lentos, como si temiese hacerle daño. Con movimientos suaves separa el cabello del ojo derecho de su mujer. Acaricia la pálida mejilla una y otra vez. Delicadamente, procurando no tocar la herida de la que sigue manando un sinuoso hilo de sangre.

Susurra.

—No me dejes Laura, ¡no me dejes! —implora con voz en llanto.

Traga sus propias lágrimas. Se niega a llorar, esta vez no hay lágrimas que derramar. Solo rabia. Rencor hacia sí mismo. Aversión contra su padre. Rechazo hacia las mujeres. Resentimiento contra el mundo. Rabia. Hacia todo y hacia todos, sin excepción. En realidad, todo ello no es nuevo, no deja de ser la historia de su vida que se repite en su cabeza una vez más.

Un tosco ruido le abstrae de la situación de odio generalizado en la que se ha envuelto su alma y que, como un mantra, disimula su negro mundo. Es un sonido modelado a base de golpes secos y ronroneo cadencioso de un motor en la calle.

Lo escucha en segundo plano, sin pensar en nada más. Una oscura sombra se alarga sobre su cara. Frunce el ceño. Acentúa la mirada. Encoge las aletas de la nariz. Contrae las mandíbulas. Se concentra en él, aislándose así de su propia realidad. Por un instante consigue alejarse del martirio de su propia vida.

La rutina en la calle sigue su curso arrollador.

No se detiene ante nadie.

No se detiene por nada.

Al igual que las golondrinas siempre vuelven a su nido, las cavilaciones regresan de nuevo con fuerza a su cabeza. Lo hacen con severidad absoluta. Al centrarse en sí mismo, en sus circunstancias, se juzga de manera implacable. Él... Sí él, que ha vivido la vida mostrándose indolente y superior a los demás, ahora se siente perdido, solo, abandonado. Insignificante.

Despega los labios para balbucear.

—No..., yo no soy como mi padre —niega con la cabeza de modo convulsivo, intentando convencerse de una verdad que ni él mismo cree.

Al escucharse cierra una vez más los ojos, como si la falta de visión fuese a liberarle de las imágenes que su propia mente le proyecta.

Los golpes en la calle se interrumpen.

Abre los ojos.

El motor acelera.

Escucha.

El conductor realiza un doble embrague al motor antes de meter la segunda marcha. Es el camión de la basura, que una vez cumplida su misión ya se va.

El vehículo sobrepasa la primera curva del pueblo y antes de llegar a la doble intersección se detiene de manera inopinada con un chirrido de frenos. De forma estremecedora, una mezcla de sonidos de sirenas rasga la joven noche. Reflectores de colores entremezclan el color naranja y azul. Cada uno surge de una calle distinta.

Los operarios de la limpieza se escudriñan con el reflejo de la extrañeza reflejada en sus rostros cariacontecidos. Saben que algo grave ha tenido que suceder para que se produzca esa escena. San Juan del Valle es un pueblo tranquilo donde nunca ocurre nada.

Antes de continuar con su ingrato trabajo comentan el hecho en frases breves y con la sombra de la duda sembrada sobre sus especulaciones. A continuación, se encogen de hombros con fingida indiferencia y continúan sus quehaceres. Al fin y al cabo, no es algo que les afecte directamente. La misma frase repetida hasta la saciedad por el egoísmo general.

Alex escucha las sirenas. Se observa reflejado ante el espejo. Retira un mechón de pelo que cubre su frente mientras se alisa la camisa y trata de volver a meterla dentro del pantalón con gestos torpes y mecánicos. Distingue cómo los coches de emergencias aparcen ante el portal. Se siente tan confuso como un kamikaze en la autopista que se lamenta de que los demás coches circulen en sentido contrario al de su marcha... «Tengo la sensación de que algo me ha sido arrebatado». Con los ojos entrecerrados por el desconcierto mira hacia la calle a través de la ventana.

«¿Qué he hecho mal? ¿Por qué pasa todo esto?».

Solo el brillo de sus lágrimas le responde.

Por un momento, tiene la sensación de que la casa se cierra sobre su cabeza, precipitando el techo y aproximando a su cuerpo las paredes de forma progresiva y sin retorno, como si menguara o simplemente quisiera devorarlo. Una intensa sensación de mareo recorre su presente.

En ese mismo instante y ajeno a todo, un niño llora con fuerza en la sala de partos de algún hospital próximo, abre la boca en busca de una oleada de oxígeno que a su paso parecen quemar sus noveles pulmones. La vida comienza para él.

Para otros... Para otros la vida parece que se acaba de forma prematura, y cuando una vida se va, siempre hay alguien que en silencio llora su ausencia.

Vivir. Morir.

Sucumbir. Existir.

La vida sigue, siempre sigue. Puede cambiar de color como los camaleones, pero sigue en un ciclo sin fin.



2.

Sueños al sol

Trata a una persona tal como es
y seguirá siendo lo que es.
Trata a una persona como puede y debe ser
y se convertirá en lo que puede y debe ser.

GOETHE





En el dilatado caminar que conforma la existencia, llegan a la mente un mosaico de palabras, olores e imágenes que por su belleza y peculiaridad hacen sentir una agradable sorpresa. Entonces se extraen muestras de esos retratos para convertirlas en postales vivas de la memoria, y así se coleccionan como una preciada fortuna dejando ligados esos recuerdos hasta formar con ellos el álbum de toda una vida.

En alguna oportunidad alguien dijo que las personas están formadas de recuerdos... Posiblemente tenía razón.

2011, Ciudad de La Habana (Cuba)

El sol se muestra perezoso y despreocupado mientras realiza su cotidiano recorrido a través de un cielo inmaculadamente azul. Mientras lo hace regala rayos de luz y calor a los viandantes que transitan por las calles de la ancestral ciudad. Hoy el astro rey parece brillar de manera especial, lo hace con la libertad de saber que está iluminando el día a una joven mulata que ronda entusiasmada por las calles y travesías de la capital cubana.

La chica pasea junto a su familia. Lo hace ilusionada, ofreciendo ante los ojos de los numerosos paseantes imágenes que podrían remontarse al menos ciento cincuenta años atrás. Imágenes que bien pudieran ser extraídas de una postal de un tiempo ya pasado, de una época que se antoja preñada de romanticismo y elegantes maneras. No cualquier tiempo pasado fue mejor, pero la nostalgia siempre resulta atemporal.

Ahí está Laura.

La pequeña Laura.

La alegre Laura.

Radiante.

Risueña.

Feliz.

Protegida.

Mimada por su familia.

Con toda la vida por vivir ante sus ojos.

La joven pasea satisfecha entre las gentes, regalando cándidas sonrisas al resto de caminantes. De manera humildemente orgullosa, deja que todo el mundo perciba que está viviendo una jornada particular y única. Su día especial.



Hoy es el día de su puesta de largo y, pese a su modesta condición social, celebra la fiesta de presentación en sociedad por todo lo alto. Sus padres, orgullosos del momento y de lo que representa para la vida de su hija, han hecho todo lo posible para conseguir un espléndido vestido y así celebrar sus quince maravillosos primeros años de vida.

Laura, presa del entusiasmo, apenas ha pegado ojo en toda la noche, recreando cada detalle con una ilusión desmedida. No importa, su juventud y los suaves rasgos de su cara lo soportan todo, sin reflejar ningún gesto de cansancio.

Se muestra admirablemente bella. Es hermosa y, curiosamente, ella aún no lo sabe.

Despliega al viento su melena color azabache y entre ella deja entrever el resto de sus bellos rasgos: frente estrecha, inmensos ojos negros, labios abri-llantados de un rojo afrutado, rostro de óvalo perfecto, hoyuelos en las mejillas cuando ríe, piel brillante, tersa y tostada; cuello largo y esbelto.

Siempre grácil en sus gestos, viaja con el brillo de la vida luciendo en su mirada, ésta es sin duda su mejor joya.

En sus labios luce una radiante sonrisa que compite en belleza con su deslumbrante vestido de color asalmonado y de tela tornasolada. Este va ceñido al talle grácil y flexible de la joven, para después bajar en grandes pliegues hacia el suelo, ahuecados gracias a largas varillas que sostienen la falda. El borde inferior va bordado en encaje y coronado de lazos, al igual que en el fino cuello que deja sus delicados hombros al aire combina singularmente con el parasol de seda y fino encaje, rematado por un pomo de madera de peral que, al impulso de su mano, gira y gira jugueteando, mientras le ofrece una ligera sombra sobre la cabeza.

No lleva más adornos que un collar de perlas de imitación que, a los ojos distraídos de cualquier observador nada tienen que envidiar a las que se ofrecen naturales en el mercado de la orfebrería. También luce un tocado de flores blancas trenzadas sobre el pelo y unos guantes de malla color rosa suave, detalles que no hacen más que adornar su distinguida belleza natural. En realidad, nada de todo esto le haría falta. No hace falta engalanar una catedral, un monumento lucirá siempre con luz propia.

Aleccionada previamente por los consejos de su tía, Laura camina con pasos estudiadamente cortos. Al hacerlo balancea el vestido con cultivada coquetería. Sin duda alguna la imagen que representa la transforma en una hermosa princesa de cuento de hadas, que brillaría con luz propia en la gran pantalla de la industria cinematográfica de Hollywood. Quizá de haberla visto el malogrado Walt Disney, la hubiera convertido en la heroína de alguna de sus fantásticas historias.



En la mañana de hoy, toda la familia se ha puesto en pie cuando apenas comenzaron a brillar los primeros rayos de sol. Afanosos y entusiasmados, se tomaron un rápido desayuno, apenas un trámite necesario para acometer el resto del día. Tras meter decenas de enseres en el maletero se fueron en el coche a la playa de Buey Vaquerita.

Realizaron un camino largo y tedioso de más de cien kilómetros, hasta la ciudad de Matanzas, un camino que duró noventa inacabables minutos. Hoy la Vía Blanca se encontraba excesivamente transitada por numerosos camiones de transporte que ayudaron a generar graves retenciones de tráfico en una calzada, ya de por sí, muy maltrecha para el discurrir del tráfico diario.

Apostados en la playa, entre arena, piedra y palmeras, llevaron a cabo una extensa sesión de fotografía. Ahora Laura, mientras pasea, recrea en sus pensamientos el momento vivido junto al mar... «Posados, la melena ondeando al viento, olas que vienen y van mansamente mojando mis pies. Cambio rápido de vestido. Más posados. Gente que la mira. Sonrisas. Ilusión. Complicidad. Un nuevo vestido y más fotografías. Viento. Arena. Ternura. Finalmente un nuevo cambio de vestido, el que ahora llevo puesto. Nada de esto hubiera sido posible sin la colaboración de mi madre...». Retazos que giran en su cabeza como una melodía que trae la brisa.

Cuatro modelos han configurado su vestuario durante la sesión de fotos, aún queda un quinto traje que piensa ponerse para dar fin a la jornada. Será el remate final. Es el vestido que reserva para el baile que se celebrará cuando concluya la tarde.

La caminata la lleva paso a paso ante las proximidades de la plaza de la catedral. Mira el edificio con orgullo... «es sencillamente inigualable». Piensa al observar el templo de piedra blanquecina, arropado por los soportales de las viejas casas hispanas. Se muestra majestuoso con sus dos torres desiguales y su fachada barroca, hincando sus raíces en el propio corazón de La Habana Vieja.

Laura se revuelve fatigada. El vestido comienza a causar molestias, dejando marcas escondidas sobre la piel, sobre todo por las largas varillas que descienden desde las caderas hasta el tobillo, varillas que son tan llamativas en la indumentaria como engorrosas. En su época, a mayor incomodidad, mayor clase social indicaban. Deciden realizar una breve parada para ajustar de forma correcta la tela. Su madre también aprovecha el momento para corregir el peinado, dotándolo así de renovada naturalidad.

Cuando Laura vuelve a prestar atención sobre su entorno más cercano, percibe que se ha convertido en el centro de atención de los turistas. Éstos la

miran sonrientes, toman fotos y la apuntan con el dedo con gestos entusiastas. Lo hacen tal y como si ante ellos se expusiese una afamada celebridad en pleno rodaje de la escena de una película de época.

Una vez más se siente feliz. Protagonista. Resplandeciente. Única.

Vive intensamente la magia del momento. Por fin ha podido dar el salto que impone la tradición y se ha convertido en toda una mujer para la sociedad cubana.

Niña.

Adolescente.

Joven adulta.

¡Qué rápido ha pasado el tiempo!

Ojea de costado a su madre, mientras una agradable música suena a su espalda. El ambiente de alegría que habitualmente se vive en el lugar, en este preciso instante está amenizado por el terceto Los Mambises. Estos visten finos ropajes bañados en un blanco inmaculado y reluciente, que les hace destacar bajo la luz del sol.

Seda blanca sobre piel negra.

Sonrisas lanzadas al viento.

Instrumentos que con su rasgado proporcionan diversión.

Ritmo que se inyecta en la sangre.

Cuerpos que se mueven instintivamente en una danza sin fin.

El pequeño grupo musical deleita a diario el deambular de las gentes por la zona, enarbolando de forma risueña guitarras, trompetas y bongós. Con estos instrumentos interpretan distintos ritmos, aunque siempre prevalecen los compases de salsa, conga y percusión.

Para protegerse del sol se han cobijado concienzudamente bajo la sombra de las arquerías de las casas situadas en las proximidades de la propia catedral. En realidad, ante la vista de cualquier viajero, esta plaza es un auténtico museo del barroco cubano, ya que todos los edificios ubicados en ella, incluida la Catedral, son del siglo XVIII.

En el lugar confluyen las calles de Empedrado y San Ignacio. A pesar del calor, la zona a esta hora de la tarde está concurrida por una gran cantidad de turistas españoles, argentinos e italianos que fotografían o graban el lugar con sus cámaras digitales y teléfonos móviles. No están solos, en el lugar también hay artesanos, músicos y mujeres vestidas de santeras cubanas que, orgullosas, lucen un gran puro habano en la mano mientras posan una y otra vez para las fotografías de los turistas a cambio de unas monedas. Pesos cubanos, pesos convertibles, euros, dólares, cualquier moneda es válida para su desenfadada forma de ganarse la vida.

Laura, cariñosa, sonríe a su hermano pequeño que muestra claros síntomas de cansancio.  l le devuelve el gesto y acelera el paso para situarse a su lado.

El pequeño José llegó a este mundo cuando su hermana apenas acababa de cumplir seis años edad. Siempre han sido inseparables. Obligado por la disparidad de quehaceres de sus padres, el niño ha crecido bajo la protección de Laura. A lo largo de los años han compartido innumerables momentos de juegos, disputas y diversión.

Ahora José se entretiene con un palo, cual caballero de la edad media que enarbola su espada llevando un caballo imaginario entre sus piernas, a la vez que persigue a malvados dragones que expulsan fuego por la boca. La imaginación infantil no tiene límites.

Juegos de infancia para él.

Ilusiones de juventud para ella.

Orgullo de adulto para sus padres.

Cada quien lleva un equipaje de anhelos y sueños, unos propios y otros compartidos.

Momentos que permanecerán grabados en el álbum de recuerdos de sus vidas.

Con la ayuda de una nube protectora el sol parece dar tregua por un instante.

El grupo familiar camina satisfecho del momento que la vida les depara. Robelio y Yaneth avanzan situados cada uno a un costado de su hija. Ésta gui nando su ojo derecho cede la sombrilla a su hermano y encogiéndose de hombros se prende de la mano de ambos. Ellos, en su modestia, han conseguido los vestidos con gran esfuerzo a base de pedir prestadas las prendas que guardaban distintos miembros de su familia desde tiempos inmemoriales, y ahora, superados los nervios de la mañana, caminan gozosos ante el éxito en el que la jornada se ha convertido.

A veces la escasez de dinero impone límites a las ilusiones y condiciona las circunstancias especiales de la propia vida, y ésta podía haber sido una de esas oportunidades. Pero hoy, para alegría de toda la familia, todo parece estar saliendo bien.

Robelio, es un padre honrado y trabajador.

Por parte materna, sus orígenes son venezolanos, aunque desde muy joven tiene pasaporte cubano. Pasa el día a día atento a las necesidades de sus hijos, como el padre cariñoso y protector que es.

Se gana la vida conduciendo un viejo Lada 1300 color blanco, con el que transporta turistas por todo el territorio cubano, especialmente en la capital.

Risueño y simpático, hoy destaca en su moreno rostro una sonrisa presidida por una llamativa ausencia de dientes incisivos. Sonrisa que con p cara amabili-

dad y buen humor usa para camelar a los viajeros, con la intención de que estos le donen valiosas propinas que ayudan a aumentar su escaso sueldo de apenas trescientos pesos cubanos al mes.

Yaneth es un ama de casa de amplias caderas y entrada en carnes.

Cauta y laboriosa, realiza auténticos malabarismos para poder dar a sus hijos una vida digna con el dinero que gana su marido.

Siempre prudente, lleva el día a día de la casa en un discreto segundo plano. Deja, aparentemente, el protagonismo para su marido, pero maneja la situación y el control sobre cualquier acontecimiento con estudiada maestría.

Por sus venas corre sangre mexicana, país desde el que viajó a Cuba para posteriormente quedarse hace ya más de veinte años. ¿Los motivos por los cuales adoptó esa decisión? Siempre han quedado en su particular cajón de los recuerdos y nunca los ha dejado trascender hacia los demás. Aunque existe un velo de tristeza que por momentos se instala en sus ojos, que invita a presagiar que un secreto oculto viaja en su corazón.

Robelio y Yaneth.

Yaneth y Robelio.

Al igual que hicieron los Reyes Católicos, el lema, «tanto monta, monta tanto», podría definir su relación. En su día a día son parsimoniosos pero incansables trabajadores. A pesar de las limitaciones y estrecheces económicas que les toca vivir, siempre han sabido salir adelante con una sonrisa alegre esbozada en su boca.

En vías de ese esfuerzo, consiguieron un ingreso extra a través de alquilar alguna de las habitaciones de su propia casa a turistas. Esta actividad está muy controlada por el régimen cubano, y ellos pudieron conseguir esa concesión especial otorgada por el gobierno, al haber sido Robelio un sobresaliente jugador de baloncesto, que incluso llegó a jugar en la selección venezolana entre el final de la década de los años ochenta y principios de los noventa.

El hombre mira su reloj de pulsera anudado en su huesuda muñeca izquierda. Han pasado ya las siete de la tarde y el cansancio va dejando huella en unos cuerpos castigados por el calor, y aún queda por disfrutar el baile programado para la noche.

El sol y el propio calor ha desgastado sus fuerzas desde primera hora de la mañana y la alta humedad en el ambiente hace que portar el vestido de época se convierta casi en un castigo para el delicado cuerpo de Laura. Ya han paseado por distintos lugares y calles como manda la tradición cubana, ahora con nostalgia y alivio a partes iguales, es hora de ir poniendo punto y final al día.

El hombre toma asiento en uno de los numerosos bancos de hormigón que salpican el Parque Central. Lo hace a la sombra de la frondosa arboleda, bajo el centenario espíritu que trasciende de los edificios cercanos, preñados de una historia única. El resto de la familia, actuando por imitación, y con actitud callada, elige acomodo a su lado.

Robelio saca un pañuelo blanco del bolsillo del pantalón y lo pasa por la frente, secando las gotas de sudor que la recubren como finas perlas. Su hijo pequeño bebe en una de las muchas fuentes que salpican la arboleda. Sin hablar, cada uno se distrae a su manera. Lo hacen en un lugar que desde tiempos inmemorables es una gran encrucijada de paso, facilitando así un punto de encuentro para los cubanos.

Sentados, advierten cómo decenas de habaneros atraviesan el parque en todas direcciones, o cómo otros forman corros humanos buscando una complicidad innata con los árboles y las fuentes. El sonido de los ruidosos y viejos coches, el barullo de las peñas deportivas, la risa de los niños, el pregonar de los vendedores de periódicos, el cantar de los pájaros... Todo ello forma una sinfonía peculiar que endulza los oídos.

Distraídamente, amordazando su propio cansancio, observan a la gente que no está de paso, a esas personas que deciden sentarse a conversar, a descansar, a leer o sencillamente a pasar el tiempo. Advierten cómo estos se disputan los bancos sombreados con la intención de pasar allí horas completas, quedando integrados en el bullicio general.

Cielo azul sobre la verde arboleda.

Verdes hojas bajo el cielo azul.

Todo ello les sirve como elemento de distracción para entretener la mente y así llevar adelante lo más importante, aliviar poco a poco esa penosa fatiga que se ha instalado con fuerza propia en sus cuerpos.

Laura suspira y acomoda por enésima vez el vestido en el día de hoy. La familia se echa una mirada silenciosa con un brillo de complicidad en los ojos, comunicándose a base de monosílabos. Con un imperceptible ademán entre Robelio y Yaneth, deciden reanudar la marcha.

Al disponerse a cruzar la calle, un *coco taxi* a modo de saludo hace sonar insistentemente la bocina. Robelio devuelve el gesto con alegre efusividad mientras observa alejarse la parte trasera del vehículo amarillo. En él viaja Juan, uno de sus camaradas de trabajo que, soltando el manillar por un instante, agita su mano saludando al viento de forma expresiva.

Una idea aflora con fuerza en el pensamiento del padre de familia... «¿Cómo no se me ha ocurrido antes?». Reflexiona, acusándose mentalmente ante su falta de previsión.

Escudriña entrecerrando los ojos, buscando algo que sólo él sabe.

Al fondo del parque se encuentra su también amigo Raúl. Este está parado junto a la acera, a la sombra de los grandes edificios, con su carruaje tirado por dos caballos que, aburridamente, espantan las moscas de manera despreocupada.

En un primer vistazo, Robelio advierte que no existe la posibilidad de que algún turista vaya a solicitar los servicios a su camarada... «Perfecto», augura antes de hablar con él para cerrar el trato de un gratuito paseo por la ciudad con final frente al propio portal de la vivienda familiar.

Un enérgico apretón de manos sirve de rúbrica para el fácil acuerdo.

Uno a uno, ascienden al carruaje acomodándose en los asientos de madera acolchados en color negro. Ya en plena ruta, sintiendo el alivio en sus pies agotados, la mezcolanza entre el pisar de los cascos de los caballos y el tintinear de los cascabeles adosados a los correajes resuenan como música celestial para sus oídos.

Robelio hace las veces de improvisado guía turístico para sus hijos, lo lleva a cabo con el mismo gracejo que cuando conversa con los viajeros en su taxi. Entre bromas y repaso histórico va explicando cada monumento que pueden distinguir a su paso.

«Ese es el Capitolio Nacional».

«Esto es el Museo de la Revolución».

«Aquello es el castillo de San Salvador de la Punta».

A cada edificio le añade una anécdota y una historia dotándole así de vida y personalidad propia.

A pesar del cansancio reflejado en sus ojos, disfruta al advertir el gesto de felicidad que se perfila en la cara de sus hijos. En especial en la del pequeño José, que escucha con admiración cada frase, cada explicación, cada palabra que va transmitiendo su padre. En realidad, a determinadas edades los padres se convierten en el ideal a seguir para sus hijos y José está en la edad perfecta para ello.

Laura levanta la vista y con sorpresa advierte que se encuentran ante el magnífico edificio que alberga el Centro Asturiano. La chica, obviando momentáneamente las explicaciones de su padre, observa maravillada la gran edificación. No sabe muy bien por qué, pero desde muy niña se ha sentido atraída por ese edificio. Estar ante su presencia le evoca ilusiones por iniciar un largo viaje a una tierra, que aunque desconocida, ha ido idealizado día a día en su pensamiento.

Los caballos se desplazan lentamente entre un oleaje de coches, circunstancia que ella, con los ojos exageradamente abiertos, aprovecha para observar la edificación una vez más.

Se entusiasma ante su gastado color marfil, los amplios ventanales, las arquerías en sus soportales y las filigranas de la fachada que dotan al edificio de una elegancia incomparable.

Sus grandes ojos de un negro intenso como el azabache se iluminan antes de sonreír una vez más en el día de hoy. Imagina cómo será vivir en ese lugar idealizado en sus pensamientos de niña, ese lugar llamado Asturias, añorado en sus ensoñaciones juveniles. Piensa cuánto le gustaría viajar para conocer las tierras donde, tal y como ha leído una vez, reinó Don Pelayo.

En su mundo interior siente ganas de volar y soñar.

Viajar.

Descubrir.

Sentir.

Soñar y volar.

Vivir nuevos lugares, y sin renegar de la suya, disfrutar de una vida distinta.

—Papá ¿conoces Asturias? —la pregunta surge espontánea y jovial, ya que en su candidez sobradamente sabe que sus padres no disponen del dinero y los medios para poder viajar.

—No, Laura. Nunca estuve allí, mi amor. Estuve en otra ciudad española llamada Barcelona —se toma un breve respiro, bucea en la nostalgia de los recuerdos antes de seguir hablando—. Eso fue cuando disputé los Juegos Olímpicos del noventa y dos. Allí teníamos nuestra sede y jugué contra la selección española. Aunque perdimos por 95 a 81 puntos, fue inolvidable... Después jugamos contra China y ganamos, sí ganamos por 100 a 97, esa victoria nos concedió el undécimo puesto, fue todo un logro para nosotros.

Laura se conoce la historia de cabo a rabo. La ha escuchado contar a su padre decenas de veces, casi siempre con las mismas frases y expresiones, llenas de ilusión y remembranza. Con paciencia y respeto, la escucha una vez más. Mientras, como si de una película se tratase, intenta imaginar de manera gráfica cada situación que él describe.

Robelio interrumpe su exposición de recuerdos deportivos para añadir.

—¿Sabes, mi amor? Ahora recuerdo que hace cuatro o cinco años, estuvieron hospedados en nuestra casa un matrimonio español. Sí... ¡Es cierto! Puedo recordarlo perfectamente, eran asturianos... —Laura frunciendo el ceño agudiza aún más la atención—. Me contaron que al igual que aquí en Cuba, Asturias es un manto de color verde que va desde las montañas hasta el mar. Y, también decían que, como nosotros, sus gentes se ocupan del campo explotando la agricultura... y son pescadores. No tienen petróleo, pero tienen carbón y bajan a las minas a buscarlo. Aquellos señores parecían gente agradable y atenta. Eran

generosos. Cuando los llevaba en el coche me dejaban buenas propinas. Déjame pensar... Tengo que ser capaz de recordar su nombre.

—No te agotes pensando, mi amor. Con la menguada memoria que tienes, seguro que no lo recordarás —comenta Yaneth con despreocupada ironía mostrando sus blancos dientes en una agradable sonrisa—. Lo tengo todo apuntado en el libro de registro con el que comunico al Gobierno las filiaciones de las personas que hospedamos en nuestra casa.

Uno de los caballos agita la cabeza para espantar las moscas. Éstas no le hacen caso e insisten en buscar alimento sobre su piel. Enfadado por la insistencia de los insectos resopla sonoramente, haciendo mover sus crines.

El pequeño José se recuesta cerrando los ojos sobre el hombro de su madre, y ésta con ternura, le abraza protectora. Dicen que, si sientes que tienes un sueño, tienes que protegerlo y ella a sus hijos los protege con total dedicación, porque cree que ellos son la mayor esperanza en esta vida.

La desbordante imaginación de Laura delinea ilusionada un episodio más de la historia de su vida. En un breve instante construye toda una recreación del futuro y se imagina a sí misma viviendo en Asturias. Se ve rodeada de tres hijos, una casa coqueta y un marido atento. En sus ensoñaciones su marido tiene que ser un hombre respetuoso y cariñoso. Un marido es alguien que da. Una esposa es alguien que recibe. Ese es su ideal del matrimonio, tal y como ella ha entendido la relación de sus padres, y no concibe que pueda ser de ningún otro modo. «¿Acaso puede haber algo mejor que eso?», se pregunta.

Curiosamente al imaginar un marido, como si respondiera a una inconsciente invocación, los almendrados ojos de uno de los chicos del barrio aparecen en su mente. Con una sacudida de cabeza desecha el pensamiento, para finalmente asentir con la cabeza y especular... «Si Asturias puede mantener un edificio tan importante en mi país, es que tiene que ser un lugar rico. Estoy segura de que allí disponen de todas las comodidades que cualquier persona pueda desear», cierra los ojos para hacer perdurar en sus retinas el recuerdo de su sueño.

¡Cuántas veces se pasa ante un determinado lugar y se deja volar la imaginación pensando en las bondades de poder disfrutarlo! Para ella existe el paraíso, lo tiene claro, y este se llama Asturias.

Libertad.

Laura en sus ensoñaciones de juventud añora la libertad.

Y es que la libertad pasa por poder elegir día a día el camino, ya que la vida da la oportunidad de reescribir una nueva historia en cada jornada.

Entre sueños y realidades. Entre coches y edificios. Entre palabras y silencios, el carruaje ha llegado a las proximidades de su humilde vivienda.

Descienden de él ayudados por su padre y el propio cochero.

Madre e hijos se encaminan hacia la entrada de la casa, mientras los hombres se estrechan la mano nuevamente y mantienen un desenfadado diálogo.

Laura, para evitar pisar el vestido, lo eleva unos centímetros del suelo cogiendo la elegante tela entre sus dedos. Camina unos instantes con la vista agachada, ajena a todo lo demás. Le preocupa estropear tan hermosa tela, y en este instante, todo su pensamiento se ocupa con esa idea. Al levantar la mirada, se encuentra frente a frente con los ojos color almendra de Ernesto. Sin poder evitarlo, la sorpresa la sobresalta y su pecho se agita haciéndola estremecer.

Ahí está él. Risueño.

Sereno.

Erguido.

Quieto.

Observándola con tímida fijeza.

Laura percibe que en su pecho se desencadena una tormenta con relámpagos en forma de mariposas de colores, que se apresuran a agitar las alas pujando con fuerza por salir todas a la vez por su garganta.

Un sudor helado recorre su espalda seguido de un escalofrío que le hace temblar.

Su corazón se sobresalta. Sus sentimientos también.

Lo que no había conseguido el pesado vestido y el calor del día, lo hace aquella presencia masculina, en un solo segundo.

Siente que se agota su aliento.

Su cabeza advierte a los pulmones que deben tomar aire.

El pecho se estremece y un suspiro muere ahogado en la boca.

Se lleva el lateral del dedo meñique a la boca y lo mordisquea con inquietud.

Parpadeando fija sus pupilas en el chico.

Ernesto es dos años mayor que ella.

El pelo revuelto. En su tez morena destacan unos ojos que brillan con fuerza.

Ernesto y Laura, amigos desde la infancia.

Laura y Ernesto, dos corazones entrelazados.

Ellos, son pasado. Son futuro.

Coinciden dos o tres veces a la semana a la sombra de las palmeras en uno de los numerosos parques del distrito de El Vedado. Escuchan música y comparten sus ideas mientras hablan en compañía de una cerveza junto con el resto de chicos y chicas con los que forman pandilla.

Laura siempre lo ha visto con buenos ojos. Lo que más le gusta de él es esa pincelada bohemia y soñadora que proyecta, su espíritu inconformista. También le gusta mucho cómo baila, es un chico alegre, que disfruta del ritmo del son cubano. Han bailado juntos en innumerables ocasiones. Para Laura no existe nada tan apasionante como disfrutar de la música danzando a su lado.

Es conocedora de las dramáticas circunstancias personales de Ernesto. Su corta vida no ha sido fácil, pero a pesar de ello, el joven siente y transmite unas inmensas ganas de vivir que contagia a todo aquel que le rodea. Y, sobre todo, a Laura le gustan las ideas que da a conocer de cómo conseguirlo. Sus valores. Su fina ironía.

Ernesto muestra un gesto relajado y alegre. Laura se siente seducida.

Sin que los demás puedan ni siquiera adivinarlo, el mundo se detiene en ese instante para ellos.

Laura también sonríe, y Ernesto queda deslumbrado por la luminosidad de la expresión de su cara. El mundo vuelve a girar, y se pone en movimiento llevándoles de la mano a vivir el presente.

La joven se encoge imperceptiblemente de hombros y pide a su mente que acuda con urgencia a prestar un necesitado instante de sosiego a su pecho... «¿Qué me pasa hoy? —se pregunta—. Siempre me he sentido bien al lado de Ernesto, pero lo que acabo de percibir, ese estallido de ilusión en mi pecho erizándome el vello... Todo esto es nuevo para mí. Nunca he sentido una sensación igual, ni tan fuerte».

Por un momento aparta la vista de los ojos del chico, pero no consigue apartar la imagen de su pensamiento.

Se siente grácil. Femenina. Vulnerable. Pero le gusta sentirse así ante él.

De forma inconsciente se apresura al brazo de su madre, en un gesto que intenta que parezca casual. Ésta se muestra sorprendida, aunque no le da mayor importancia.

Ella, mirando de reojo a Ernesto, observa cómo este se marcha del lugar con una actitud pícaro esbozada en los labios.

Un nuevo suspiro sirve de ayuda para que el alma de la joven recobre el sosiego y la respiración recupere un ritmo normal.

Esperanza.

En la medida que paulatinamente el chico se aleja, una risita encubierta se va pintando en la boca de Laura.

Anhelo.

Robelio y Yaneth franquean la puerta de la vivienda. A ellos no les gusta que Ernesto ronde a su hija. Por ello no le permitieron invitarle a la fiesta. Ella

tiene que aspirar a un pretendiente mejor. Alguien que pueda protegerla, y darle la vida que se merece, y para ellos Ernesto es sencillamente un «don nadie».

Un gato de colores atigrados, huye asustado del lugar y salta el muro situado en el lateral de la casa. Su hija sacude la cabeza alegremente exhalando el aire, antes de dar un alegre saltito para acceder a su refugio, a su hogar, a su cobijo.

La paz ha vuelto a su corazón.

La ilusión nunca se ha ido de él.

En realidad, en este instante se siente llena de emociones.

Emociones, que a la vista de un observador crítico podrían juzgarse como exageradas. Pero esa mirada crítica también sería injusta, porque olvidaría que, a los quince años, las emociones son así de intensas porque se viven por primera vez.

Una vez puesto el nuevo vestido se encamina hacia el bajo que alquilaron muy cerca de la casa. La música de reggaetón suena incitando a bailar a la veintena de invitados. Amigos, familiares, todos expectantes.

Llega el baile esperado.

Robelio toma de la mano a su hija y se van al centro de la improvisada pista. El hombre orgulloso danza con su primogénita mientras la contempla fijamente a los ojos. Antes de que acabe la canción cede el honor de compartir el primer baile al pequeño José. Después... después sigue la fiesta hasta bien entrada la noche. Risas, salsa, reggaetón, conversaciones animadas, ron, cerveza, coctel de frutas y dulces, muchos dulces hacen de nexo de unión entre todos los invitados.

Cuando la velada está llegando a su fin, Los Panchos rasgan sus guitarras llenando las paredes con su música. Yaneth y Laura se miran con manifiesta complicidad y, como han hecho en otras oportunidades, sin hablar pactan realizar los coros de la canción...

*Si tú me dices ven, lo dejo todo
si tú me dices ven, será todo para ti
mis momentos más ocultos,
también te los daré,
mis secretos que son pocos,
serán tuyos también.*

*Si tú me dices ven, todo cambiará
si tú me dices ven, habrá felicidad,
si tú me dices ven, si tú me dices ven.*

No detengas el momento por las indecisiones...

Esa noche Laura duerme con la felicidad instalada en su sonrisa. Se nota que está soñando algo que le gusta. Tiene el pelo retirado de la frente, como si la mano de un ángel protector la estuviera acariciando. Su corazón y su mente están llenos de anhelos y esperanzas que tienen nombre y apellidos... Ernesto. Aunque no acudió a la fiesta físicamente, si estuvo presente en cada instante. Y es que, como escribió Benedetti, «que alguien te haga sentir cosas sin ponerte un dedo encima, eso es admirable».

Su padre, aunque se siente cansado, decide no acostarse aún. Tiene una tarea pendiente.

Extrae una caja de cartón azul del armario del desgastado salón. Sentándose, apoya la caja sobre las rodillas. Con mimo retira la tapa destapando sus recuerdos.

Fruto de la emoción, una cortina de lluvia se instala en sus ojos y nubla momentáneamente su mirada.

Lentamente introduce una mano para sacar los primeros recortes de periódico, después extrae unas postales envueltas en una goma. A continuación, será el turno de las fotografías.

Todo tiene su sitio. Todo tiene su lugar.

Ordenadamente va colocando los recuerdos sobre la mesa formando un crucigrama que solo él entiende. Posteriormente extrae una camiseta de la selección española de baloncesto, cuidadosamente doblada pliegue a pliegue, con una liturgia personal e intransferible. Pasa un dedo sobre el número quince, continúa el gesto bordeando el escudo. La observa orgulloso.

No olvida el día que Epi, exjugador de basket del Barça se la regaló. Fue al final de aquel partido contra la selección española en los juegos olímpicos de Barcelona. El partido del que le habló a sus hijos en el paseo de aquella misma tarde.

Poniéndose en pie coloca también la camiseta sobre la mesa. Se queda quieto examinando sus memorias con las manos apoyadas sobre ella. De vez en cuando recoloca sentimentalmente alguno de los recortes.

Yaneth, en silencio le observa desde la puerta sin que él llegue a percibir su presencia.

Se emociona con la escena.

Siempre lo hace cuando ve cómo Robelio repite el ritual, sumergiéndose en busca de su vida perdida y como hoy, sólo encuentra ante él la soledad de la añoranza.

Lentamente, sin hacer ruido opta por retirarse de la puerta. No quiere importunar el momento.

Robelio se sienta nuevamente ante sus recuerdos. Allí está ante el *Dream Team...* Michael Jordan, Earving *Magic* Johnson, Larry Bird, Charles Barkley, Patrick Ewing, John Stockton, Karl Malone, David Robinson, Scottie Pippen... Él estuvo allí. Los vio jugar. Soñó con enfrentarse a ellos.

Los largos dedos recogen su propia historia. Todos vuelven a su sitio. Todo ordenando exactamente igual, en orden inverso a como los sacó a la luz.

Cierra la caja.

Pasa el dorso de la mano por la cara para alejar una traicionera lágrima que se atreve a fugarse de sus ojos sin solicitar permiso.

Con el mismo mimo que salió del armario, el recipiente vuelve al último estante del mueble. Seguramente tardará en volver a ver la luz. Lo hará el día que la melancolía del pasado vuelva a instalarse en su corazón empañando su presente. El día que necesite tener presente quién fue y quién probablemente ya no volverá a ser.

Recuerdos que no se olvidan.

Pensamientos de un pasado que ayudan a llevar el presente ante un incierto futuro.

Vestigios de una vida que no volverá.

